

misma. A ejemplo de este santo Rey, y de tantos otros devotos de María, procuremos nosotros honrarla del mismo modo; uniéndonos en espíritu y con el corazón á los fieles que visitan los templos, que la son especialmente consagrados en todos los lugares del mundo.

ORACION XXIII A LA VIRGEN SANTISIMA.

(Del cardenal de Berulo.)

¡O Madre de gracia y de misericordia! Yo os elijo por Madre de mi alma, en honra y memoria de haberos escogido Dios para que fueseis Madre suya. Reina de los angeles y de los hombres: yo os reconozco por mi Soberana, en consideracion á la dependencia que Jesus mi Salvador y mi Dios ha querido tener de Vos como Madre suya: y bajo este respecto os doy sobre mi alma y sobre mi vida todo el poder que está en mi arbitrio daros. ¡O Virgen santísima! miradme como cosa que os pertenece, y por vuestra bondad tratadme como esclavo de vuestro poder, y como objeto de vuestra misericordia. Amen.

EJERCICIO XXIV.

PARA EL DOMINGO QUINTO DESPUES DE PASCUA.

INSTRUCCION VIGÉSIMACUARTA SOBRE LA ALIANZA DE LA VIRGEN SANTISIMA CON JESUCRISTO COMO HIJO UNICO DE DIOS.

Benedicam ei, et ex illa dabo filium, cui benedicturus sum.

La bendeciré, y ella tendrá un hijo, al cual tambien he de bendecir.
(Gen. cap. 17, v. 16.)

Considerémos á María, rica de bendiciones de que el eterno Padre la ha colmado, como contrae alianza con el divino Verbo, y entra con él en la comunicacion de las gracias mas abundantes y preciosas.

El eterno Verbo, escogiendo á María por Madre suya, se obligó por esta eleccion á tener con ella los sentimientos de un buen Hijo, á honrarla, á amarla, á hacerla todo el bien que debe hacer un Hijo, y un Hijo tal

como él. Bajo este supuesto, los honores y las muestras de amor que un hijo debe dar á su madre, han de ser proporcionadas á su dignidad, á sus riquezas, á su poder. Un Rey que dejase á su madre abandonada en la clase de las mujeres ordinarias, faltaria sin duda al amor y al honor que le debe: la voz de la naturaleza, una ley grabada en el corazón del hombre, está dictando que una madre debe entrar á la parte de todos los bienes del hijo, y que un buen hijo nada debe poseer, que su piedad filial no lo haga en cierto modo comun con su madre. Sobre este principio el Hijo de Dios ha debido procurar á su Madre todos los bienes dignos de él, proporcionados y convenientes á su grandeza infinita.

Nada puede darnos una idea mas grande y mas justa de esta comunicacion admirable, que las bellas palabras de san Bernardo, ó sea el elogio sublime que el Santo hace de María, diciendo, « que su divino Hijo la habia modelado con todos los rasgos de su semejanza. » *Christus Mariæ simillimus fuit, quia totus de substantia Matris genitus.*

Reflexionémos asimismo la inseparable y estrecha union que Dios ha querido que existiese entre Jesus y María en todos tiempos, en todos los lugares, y en todos los estados

en que se puede considerar al Hijo y á la Madre. Leyendo los sagrados textos, se ve que la Iglesia aplica á María lo que el Espíritu Santo habia dicho del Verbo y de la sabiduría eterna. Segun esta aplicacion es de fe que antes de la creacion del mundo María estaba unida con su Hijo en los eternos decretos de la Providencia: que fue juntamente con su Hijo el primer objeto que Dios se propuso en sus obras; *prodivi primogenita ante omnem creaturam*: que entraba en todas las miras de Dios cuando ponía los fundamentos de este vasto universo, y establecia el hermoso orden que se ve reinar en él; *quando præparabat cælos, aderam: cum eram cuncta componens.*

Es ciertamente una cosa admirable que la Iglesia haya aplicado á María todas estas expresiones de la Sabiduría, que son propias de Jesucristo. Esta aplicacion se puede mirar como hecha por inspiracion del mismo Espíritu Santo: porque en verdad, sirviéndose la Iglesia para hacer el retrato de María, de los mismos colores y de los mismos rasgos, de que el Espíritu Santo se sirvió para trazar el retrato del Hijo, quiere enseñarnos la admirable union y semejanza que Dios ha querido que hubiese entre Jesus y María.

Si descendemos luego desde la eternidad al

tiempo, observaremos esta misma union desde el principio del mundo, en las promesas hechas á los patriarcas, en los oráculos de los profetas, en las figuras y en los símbolos de la antigua ley. Casi en todas partes María es prometida, anunciada y figurada juntamente con su Hijo. La primera figura de Jesucristo fue Adán; la de María fue Eva. Todos los hombres ilustres de la ley antigua fueron figuras de Jesucristo; todas las mujeres ilustres lo fueron de María. Mil símbolos misteriosos han representado á Jesucristo; mil otros símbolos han representado á María.

Pero consideremos esta union entre Jesucristo y María, fuera de las sombras y figuras, en la realidad, en la nueva ley, despues de la venida del Redentor: allí es donde se la ve brillar de un modo asombroso en los misterios de la vida, de la muerte y de la resurreccion de Jesucristo. Vemos á María enlazada con su Hijo con la mas íntima union en la Encarnacion: el Verbo eterno encerrado dentro de las entrañas de la Virgen forma con ella en cierto modo una sola cosa: pasa en los brazos de su Madre durante su infancia, descansando en su regazo virginal, alimentándose con su leche; y la sustancia de la Madre se hace sustancia del Hijo. Durante su vida privada pasa treinta años sin interrup-

cion en compañía de su Madre, en la misma casa, en la misma mesa, en los mismos ejercicios, en los mismos sentimientos, en la misma fortuna, en los mismos bienes exteriores. En su vida apostólica, y en el tiempo de su pasion, María tiene siempre parte en los trabajos, en las penas, en los gozos y en la gloria de su Hijo.

Tratemos ahora de la comunicacion de bienes que son propios de Jesucristo, y de los cuales ha hecho participante á su divina Madre, queriendo hacerla semejante á él en todo lo que posee, semejante en sus perfecciones, en sus virtudes, en sus prerogativas, en sus privilegios, en su poder, en su gloria. Reflexionemos, pues, con atencion esta admirable semejanza de María con su Hijo.

Semejanza en las perfecciones. Por una parte vemos á Jesucristo que posee en grado infinito la bondad, la sabiduría, el poder, la misericordia; por otra vemos á María condecorada por su Hijo de todas estas calidades, y en grado muy superior al de los ángeles y los hombres. Jesus es la bondad por esencia, es decir, que en él está el conjunto de todas las perfecciones divinas é increadas; él mismo ha querido que María participase de esta bondad, reuniendo en sí las perfecciones criadas en un grado de excelencia, que la

eleva de tal modo sobre las criaturas, que las sobrepaja á todas por su dignidad de Madre de Dios; que es decir, que en su presencia desaparece toda otra dignidad criada. Jesus es la sabiduría por esencia; y él ha llenado á María de esta sabiduría en tan gran medida, que la Iglesia ha podido llamarla con razon el asiento y el trono de la sabiduría. Jesus es el *Padre de la misericordia*; y María ha merecido ser llamada *Madre de misericordia*. El poder de Jesus es infinito; y ha querido darlo á su Madre en cierto modo sobre todas las cosas, pues así lo declaran algunos Padres, haciendo á esta divina Madre Señora y repartidora de todas las gracias y tesoros de su Hijo.

Semejanza en las virtudes mas puras. De una parte se nos presenta Jesucristo el mas humilde, el mas dulce, el mas paciente, el mas caritativo, el mas santo de todos los hombres; de otra se nos presenta María hecha por su Hijo la mas humilde, la mas tierna, la mas compasiva y la mas santa de todas las mujeres y de todas las criaturas.

Semejanza en las calidades y títulos de honor. Los que la Iglesia atribuye á María corresponden enteramente á los que son propios de Jesucristo. Jesus es nuestro Rey; María nuestra Reina. Jesus es nuestro Señor; Ma-

ría nuestra Señora. Jesus es nuestro Padre; María nuestra Madre. Jesus es nuestro Abogado; María nuestra Medianera. Jesus es nuestra esperanza, nuestro socorro, nuestra vida; María es la esperanza, el socorro y la vida de los cristianos. Jesus es el camino para ir al cielo; María es la puerta del cielo, y la escala mística para subir á él. Jesus es nuestra guia y nuestra luz; María es la estrella que nos ilumina, nos dirige, y nos conduce al puerto de salud. Jesus es el autor de la gracia; María Madre de la gracia. Jesus es comparado al sol por la infinidad de brillantes rayos que despide y derrama sobre todos los hombres; María es comparada á la luna por la beneficencia de sus luces, y por la influencia que con ellas ejerce sobre toda la Iglesia.

Semejanza en los privilegios. Jesus es impecable por naturaleza; María libre de todo pecado por la gracia. Jesus es exento por el derecho de su Persona divina de todo pecado original y actual; María goza la misma exencion por especial privilegio concedido solamente á ella. Jesus es virgen; María lo es tambien. Jesus es incorruptible en el sepulcro; María es igualmente preservada de la corrupcion. Jesus resucita al tercer dia; María resucita cumplido el mismo término. Jesus

sube al cielo en cuerpo y alma; María sube despues de él en igual estado. Jesus está sentado á la derecha de su Padre; María lo está cerca de su Hijo.

Semejanza en el poder, en las riquezas y en la gloria. Jesus es dueño de todos los bienes, autor de todas las gracias, Rey de todas las luces, Señor del cielo y de la tierra; María es la Señora del mundo, la Reina de los ángeles y de los hombres, la distribuidora de las gracias. Al Hijo le ha sido dado todo poder por el Padre; á la Madre ha sido dado todo poder, aunque con dependencia, por el Hijo. El cielo, la tierra y el infierno doblan la rodilla delante de Jesus; los ángeles y los hombres la doblan en presencia de María.

Semejanza finalmente en los honores que la Iglesia tributa á Jesucristo, y de que el divino Hijo ha querido hacer participante á su Madre. Ha querido que por él fuese anunciada por todo el universo: que fuese reverenciada en todos los pueblos en los cuales él es adorado: que se levantasen templos en honra suya: que hubiese siempre monumentos particulares consagrados á su memoria: que fuese con él el objeto mas tierno del amor de sus siervos: que el nombre de María fuese inseparable del suyo en la boca y en el co-

razon de los fieles: que las alabanzas de la Madre fuesen unidas con las suyas en el oficio divino: que todos los misterios que hacen relacion á su Madre, desde la Concepcion immaculada hasta la Asuncion al cielo, fuesen celebrados como los suyos propios: que así como la Iglesia estableció fiestas en honor del Hijo, las estableciese en honor de la Madre: que la Pasion de María se celebrase como la de Jesus, el nombre de María como el de Jesus, las grandezas de María como las de Jesus. Ha querido ser presentado á los ojos de los fieles en los brazos de su Madre. Ha querido que se la pintase, como á él, sostenida por los Serafines. En una palabra, nada ha olvidado este Hijo adorable para hacer sensible y patente la admirable semejanza, la union inseparable, la grande participacion de bienes entre él y su Madre.

Todos los rasgos que acabo de pintar demuestran la perfeccion con que Jesus ha llenado la obligacion natural de un hijo en orden á su madre. Por esta razon se debe formar juicio de la grandeza de la Virgen santísima por la grandeza de su Hijo: por este Hijo, modelo de perfecciones infinitas, se ha de regular todo lo que se debe decir y pensar de la Madre: ella tiene por gracia y participacion lo que tiene el Hijo por naturaleza y por

su propia esencia, en cuanto puede comunicarse á una criatura.

La homilía tercera sobre la Asuncion, que se atribuye á san Agustin, encierra el fundamento de todos los privilegios de la Virgen santísima. Dice el autor, hablando de la incorruptibilidad del sagrado cuerpo de María en el sepulcro : « Si este privilegio no con- viene á María, conviene al Hijo que dió á luz. » *Si Mariæ non congruit, congruit Filio, quem genuit.* Y seria mucho de desear que los que temen tanto el exceso en las alabanzas de María, meditasen con atencion estas palabras *congruit Filio, quem genuit.* Estas encierran los principios de todas las grandezas de María, y son la mejor solucion de todas las dudas y de todas las dificultades ; porque son una respuesta general para apoyar todo lo que se halla de extraordinario en la Virgen santísima.

EJEMPLO XXIV.

Hasta los infieles experimentan los efectos de la caridad de Maria, invocando su santísimo nombre.

En todos los paises sobre los cuales María ha ejercido la influencia del poder que ha recibido de su divino Hijo, esta influencia ha sido eficaz. Se refiere que hallándose un habitante de las Indias en el lecho de la muerte, abandonado de todo el mundo, acudió á María, cuyo poder

habia oido celebrar por los cristianos. La Virgen santísima se le apareció, y le dijo : « Aquí me tienes : yo soy la que tú invocas : levántate, y hazte cristiano. » El Indio se sintió curado en el mismo momento : fué á encontrar á un misionero para que le instruyese, y despues fue bautizado. Recurramos igualmente á María, estemos seguros de experimentar la eficacia de su poder en cualquiera situacion en que podamos encontrarnos. (*Historia edificante.*)

PRACTICA XXIV EN HONOR DE MARIA.

(Del venerable Francisco Patrizzi.)

Pedid á María todos los dias la gracia de la perseverancia final. El venerable Francisco Patrizzi lo hacia todos los dias de rodillas por mañana y tarde ; y por este medio obtuvo los mas señalados favores, y murió en olor de santidad.

ORACION XXIV A LA VIRGEN SANTISIMA.

(Del venerable abad de Celles.)

¡O Virgen amable ! Vos habeis hallado gracia con Dios, porque habeis concebido al Hijo de Dios. Asimismo Vos habeis recibido todas las gracias, ó humilde María, para asistirnos en todas nuestras necesidades. Vos socorreis á los malos disponiéndolos á recibir las divinas misericordias : protegeis á los moribundos contra los lazos del demonio ; y los amparais hasta despues de la muerte, recibiendo sus almas, y conduciéndolas á la morada de los bienaventurados, á donde os rogamos os digneis conducirnos á todos. Amen.